

Los disfraces del diablo*

No hay duda de que el Diablo se ha vuelto a poner de moda en una época en que domina la incredulidad. La reedición del libro clásico de Mario Pratz, *La carne, la muerte y el diablo en la literatura romántica*, la película *El Demonio* escrita y dirigida por Víctor Saba, el volumen *Breve historia del diablo* de George Minois, y ahora la extensa monografía de Félix Báez-Jorge, *Los disfraces del diablo*, así lo atestiguan. Esto es sin duda una paradoja diabólica en momentos en que el materialismo parece el único asidero que justifica la actividad humana. Pero como sabemos, una de las estrategias más inteligentes del Diablo consiste en fomentar la idea de que es un ser inexistente, una fábula caduca desde hace siglos.

En el escenario de la discusión sobre el tan llevado y traído término de la "posmodernidad", prevalece en el ánimo la idea de que los denominados valores abstractos se han esfumado. Sin embargo, para desconcierto de filósofos, políticos, religiosos y sociólogos, el Mal, como encar-

nación humana, ha crecido en tales proporciones que la noción de su opuesto, el Bien, pasó a convertirse en simple anacronismo, una palabra vacía que ha ingresado al museo de los términos en desuso. En el baúl de los cadáveres, el Bien añora desconsolado su pasada grandeza, su épico esplendor, cuando los hombres sacrificaban vida y riqueza en honor de Dios. Bajo el imperio del mercantilismo más feroz de la historia, el Diablo ha pasado desapercibido sin perder la hegemonía que lo ha caracterizado desde el principio de los tiempos. El dominio de Lucifer aparece así en las más sofisticadas formas de la era tecnológica y en los desplomes bursátiles que hacen sacudir las economías globalizadas. Ciertamente, la explicación racionalista permanecerá como un destello en medio de las sombras, ¿pero no es acaso el conocimiento el que hizo perder al hombre la paz del Paraíso precipitándolo al abismo? En uno de sus conocidos grabados, Goya sentenciaba que el ejercicio de la razón produce monstruos, y en el curso de los siglos los hombres han proyectado en sinfín de expresiones los engendros que los han atormentado buscando a la vez los antidotos que nulifiquen los

* Félix Báez-Jorge, *Los disfraces del diablo* (*Ensayo sobre la reinterpretación de la noción cristiana del mal en Mesoamérica*), col. Biblioteca, Universidad Veracruzana, Xalapa, 2003, 689 pp.

terrores del alma o las incertidumbres de la mente. Esa extrema polaridad ha sido plasmada en la radical oposición que representan Dios y Satanás, pues ninguno de los dos puede existir separado: son las dos mitades que constituyen la identidad humana. Suprimir a uno es borrar nuestra imagen como seres pensantes y sufrientes: son nuestra esencia y nuestra fatalidad. De una o de otra manera siempre han regido el destino humano desde el funesto instante en que el hombre empezó a preguntarse por el sentido de la existencia, por el valor de la vida y de la muerte.

A lo largo de más de quinientas páginas Félix Báez sigue el derrotero de esta obsesión crucial a través de los abundantes materiales de consulta que fundamentan sus reflexiones en torno a un tema de tan vastas dimensiones. Dada la extensión del libro, es imposible resumir en una reseña, aunque sea de manera muy condensada, el contenido polémico de este estudio que nos incita a preguntarnos si en realidad Dios y el Diablo tienen existencia propia o si son meras invenciones fraguadas por la imaginación exaltada de los hombres para satisfacer esa necesidad de trascendencia o de castigo inherente a las buenas o a las malas obras. Por lo menos a mí me ha provocado esta zozobra porque siempre he caminado en el filo de esa duda sin decidirme por ninguno de

los dos extremos. La tragedia espiritual de Unamuno es más frecuente de lo que sospechamos y el libro la ahonda, no la resuelve. Y este es uno de los grandes méritos que tiene Félix Báez como ensayista: no pretende llegar a conclusiones tajantes o definitivas; por el contrario, deja que el lector asuma su propia responsabilidad ante el debate secular que ha marcado la conciencia de ateos y creyentes.

Por el riguroso análisis hermenéutico del autor pasa una amplia bibliografía que abarca prácticamente todos los campos del conocimiento. La religión, la filosofía, el psicoanálisis, la literatura, la historia, la antropología, las artes plásticas, el teatro, el cine..., son algunos de los discursos que el investigador estudia con especial detenimiento para fundamentar una de las ideas centrales que impulsan la dinámica del libro: probar en qué medida Dios y Satanás son entidades complementarias que liberan su encarnizado antagonismo en el desgarrado espíritu humano; pues como afirma el autor con citas pertinentes, la divinidad también tiene un lado oscuro que deja ver cuando hace padecer a las criaturas que ha hecho, como es el caso de Job, símbolo de la miserable condición humana.

Visto el problema de la fe en la dimensión adecuada, la Santísima

Trinidad no es la conjunción de una sola potencia del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo sino el triángulo fatal que mantiene unidos al Ser Supremo, al Hombre y al Diablo. Los polos opuestos no pueden existir sin el centro, por eso cada vez que la flaqueza humana los invoca, ya sea para reconocerlos o negarlos, esos mitos afirman su esencia.

En el siglo XIX fue decretada la muerte de Dios, ¿pero acaso el Diablo ha sido desaforado? En los textos modernos que Félix consigna no recuerdo alguno que descarte la presencia del Maligno como fuerza superior que rige a la vida. Sin ir demasiado lejos, la literatura de los dos últimos siglos, y en especial la de corte fantástico, gravita en torno a los impulsos irracionales que dominan el comportamiento individual y social. La atracción hacia el abismo da constancia de que el vacío ha sustituido a la creencia ancestral en la salvación del alma. Sin embargo, la ausencia de la divinidad ¿no puede significar de algún modo la nostalgia de Dios? ¿En la lógica de los espíritus celestiales la negación no significará un reconocimiento tácito de aquello que se rechaza? Muchas dudas van surgiendo en el recorrido de este fascinante libro.

Tres líneas de pensamiento toman cuerpo en los capítulos sucesivos: el religioso, el humanista de cuño materialista y el estético. El primero es ca-

racterístico de la ortodoxia de cualquier creencia; el segundo pretende explicar racionalmente lo irrazonable con una actitud autosuficiente similar a la de los teólogos; el tercero manifiesta el predominio de la sensibilidad sobre la especulación mística y la demostración científica. De los tres enfoques simpatico con el último. La literatura, como otras expresiones artísticas, acepta que hay otra realidad más allá de los sentidos, percibida por la intuición aun cuando la razón esté dispuesta a negarla. Si para el pensamiento religioso es inadmisibile la duda y para el análisis científico sólo son reales la materia y la energía, la sensibilidad literaria, por el contrario, mantiene la incertidumbre. No aprueba ni rechaza, siembra nuevas dudas y vacilaciones. Ése es uno de sus atributos privilegiados. De ahí que religiosos y hombres de ciencia no siempre comulguen con la creación literaria. Ellos se mueven en el terreno de la fe ciega o en el de las pruebas irrefutables. No dudan, afirman, como es el mismo caso de los políticos de profesión. En cambio, la literatura anula la seguridad y va en pos de lo desconocido en un mundo incomprensible y absurdo donde Dios y el Diablo parece que tuvieran el mismo rostro. De Kafka a Borges y de Gombrowicz a Antonio Tabucchi hay una constante sospecha de que un poder maligno rige el destino del hombre.

A contracorriente de los especialistas en el tema, Félix Báez integra a sus reflexiones un considerable corpus de obras literarias, como parte esencial de la historia de la cultura en tanto proyección de la mentalidad colectiva y de una sensibilidad particular —la del escritor— capaz de percibir los resortes que impulsan a los individuos a creer en el trasmundo.

La controvertida meditación sobre la presumible existencia de Satanás lleva a otro de los temas capitales ligados al de la maldad. Me refiero al de la mujer considerada en la religión judeo-cristiana como la intercesora directa de Lucifer. Según lo demuestra Félix Báez con abundantes citas de las variadas fuentes que consultó, desde Eva hasta la vampiresa de los famosos filmes de Hollywood la mujer ha sido considerada un ser pecaminoso que extravía a los hombres en el camino de la virtud. Una rabiosa misoginia hacia el sexo opuesto contamina de horror los escritos de los Padres de la Iglesia, que en el nombre de Dios condenaron con furibunda impiedad a la mujer por considerarla objeto diabólico, juicio que propició medidas extremas como en el caso de Orígenes, que en un acto de sumo arrebató decidió castrarse para evitar la tentación hacia las mujeres. La actitud enfermiza de estos hombres que experimentaban un sentimiento

de intensa repulsión hacia cualquier aspecto de la sexualidad, se traduciría históricamente en el sometimiento de la mujer por parte del varón, ya que éste fue enaltecido a imagen y semejanza del Padre. Las múltiples metamorfosis del Diablo en el desarrollo del cristianismo son inseparables de la evolución de la mujer en el dilatado proceso de la modernidad. Para la Iglesia el Demonio cambia según vaya transformándose la figura femenina. Un mundo sin mujeres, donde la autofecundación sólo reprodujera hombres, es el ideal de los monjes, de los anacoretas y de los santos. Así sería evitado el pecado contra la castidad.

Estas imágenes de pesadilla, inspiradas en el amor a Dios y el repudio a los apetitos de la carne, son una sublimación del Mal pero a la vez preparan la caída en aquello que es rechazado, según lo podemos apreciar en tres obras claves de esta temática: *El monje* de Lewis, *Madre Juana de los Angeles* de Jaroslaw Iwaszkiewicz y *Los demonios de la lengua* de Alberto Ruy Sánchez. El documentado libro de Félix Báez nos proporciona los instrumentos para interpretar con mayor seguridad la simbología de esas historias impregnadas de superstición y erotismo. Los elementos diabólicos que Félix rastrea en su ensayo, los autores mencionados los han expuesto en el discurso literario con

singular dramatismo no exento de intensas repercusiones míticas.

No obstante los cambiantes “disfraces del Diablo” —título por demás elocuente—, su esencia permanece inmutable a través del tiempo y el espacio. Sus perpetuas transformaciones mantienen, sin embargo, la estructura básica del mito: el inmenso poder que ostenta para hacer el mal. Por las páginas del libro que comentamos desfila un crecido número de interpretaciones relacionadas con el origen del llamado “Ángel caído” y con los atributos que rodean su figura. Todas ellas, pese a las contradicciones en que incurren, coinciden en atribuir a Satanás los mismos elementos de caracterización “que contribuirían a definir su figuración, particularmente en la Edad Media. El Enemigo —leemos— se vincula con animales salvajes: la serpiente, el león, langostas, escorpiones, leopardos [...] Se le describe con dos cuernos y rabo [...] se asocia al azufre y al fuego”. En la tradición cristiana suele tener alas, es de “color negro” y las “tinieblas” “dan contexto a su imaginaria presencia”. Su capacidad de “metamorfosis” (pp. 133-134) es proverbial, además de poseer belleza y monstruosidad en grado extremo.

Lo significativo de todo esto es que Dios y el Diablo, siendo fuerzas antagónicas, coinciden en un hecho insoslayable: su poder es camaleónico

pues va adaptándose al ritmo de las épocas y de las circunstancias. Como bastiones de la religión su existencia, real o imaginaria, se ha institucionalizado y, por ende, está supeditada a las ambiciones de los hombres. La desmedida comercialización del cuerpo es un campo propicio para especular sobre la intervención del Diablo en los asuntos humanos, y los escándalos financieros y sexuales en que se han visto involucrados altos jerarcas de la Iglesia dejan entrever que el reino de este mundo no es un complemento circunstancial, sino directo, del reino celestial. Los enemigos ancestrales —Dios y Satán— vuelven a darse la mano en estos tiempos particularmente difíciles para la sobrevivencia.

El libro de Félix Báez es para releerlo varias veces. La amplia información que registra y la diversidad de temas que abarca, todos ellos concernientes al asunto central de sus reflexiones, amerita un estudio concienzudo para captar los diferentes matices de su pensamiento y asimilar su vasto contenido. En los estrechos límites de mi reseña me he conformado con ceñirme a una mínima porción de este ensayo —así denominado por el autor—, dejando de lado las noticias referentes a la llegada del Diablo al Nuevo Mundo, parte medular de la investigación. Abarcar ahora este aspecto significaría

consagrar un buen número de páginas a los aportes del ensayista, lo cual rebasaría el espacio que se le da normalmente a una reseña en las revistas académicas. Me conformo, pues, con haber dado una visión panorámica de la primera mitad del volumen. Mi lectura no ha estado exenta de subjetividad por la misma índole del tema. Esto, si se me permite decirlo, no es un defecto sino la confirmación de que un libro de esta especie induce a varias posibilidades de lectura. La mía ha sido literaria porque tal es el campo donde me muevo.

Después de asistir durante varios días a las más sutiles disquisiciones

teológicas a la par que a los más implacables fanatismos sobre la naturaleza de Dios y Satán, concluyo con la interrogante que plantea el personaje de una novela que viene al caso citar; dice: Bienaventurados los creyentes, los burócratas, los humanistas, los científicos y los políticos porque de ellos será el reino de la luz o el de las tinieblas, ¿pero en dónde estará el reino del hombre común, del hombre sin atributos?

Mario Muñoz

Instituto de Investigaciones
Lingüístico-Literarias,
Universidad Veracruzana